

Estar bien... para servir Pbro. Silvio Marinelli

Lucas 4, 38-39:

Jesús sana a la suegra de Simón

Jesús salió de la sinagoga y entró en casa de Simón. Y la suegra de Simón se hallaba sufriendo con una fiebre muy alta, y le rogaron por ella. E inclinándose sobre ella, reprendió la fiebre, y la fiebre la dejó; y al instante ella se levantó y se puso a servirlos.

Una escena familiar

Se trata de una escena familiar. Pedro está casado y vive con la familia de la esposa; se trata de una costumbre bastante común en los tiempos de Jesús, en Galilea: que los esposos vivieran con una de las familias de origen, solteras o casadas. Las casas estaban organizadas con un patio central hacia donde daban las habitaciones, sencillas y pobres, de cada núcleo familiar. Gran parte de la vida se realizaba en el patio: cocían los alimentos, convivían, hacían las labores domésticas, jugaban los niños.

La mujer era la “dueña” del hogar: organizaba las labores domésticas, favorecía el diálogo y la armonía de los diferentes núcleos familiares, educaba a los niños, enseñaba la religión, presidía las liturgias del sábado, administraba los recursos económicos, generalmente escasos. Su autoridad ayudaba a vivir bien.

La suegra de Pedro está enferma. Podríamos pensar que la vida se detiene en este hogar conformado por diferentes familias: hay el riesgo que las labores se detengan, que los cuñados se peleen, que los niños reciban un mal ejemplo. El liderazgo está en peligro: la familia se arriesga a la desintegración.

Un milagro “fácil”

Por esta razón el milagro de Jesús, que parece “fácil” o poco significativo, tiene un sentido más profundo. Se trata de *devolver la paz* al hogar, tal vez de terminar con pequeños pleitos o enfrentamientos. Restablecer el liderazgo ayudará a todos a vivir con mayor justicia (dando a cada quien “lo que le corresponde”), con respeto, con relaciones de ayuda y comprensión. Podríamos entrever un gesto de aprecio de la familia, de valoración de su función social insustituible.

Jesús “reprendió” a la fiebre; según la mentalidad popular judía, cada enfermedad es efecto de fuerzas o espíritus que afectan el equilibrio de la persona. Para nosotros, en el siglo XXI, la fiebre y cualquier otro padecimiento, es efecto de elementos patológicos; en aquel entonces, la enfermedad es debida a la presencia de espíritus que se pueden “amenazar” conminar”; se puede “dialogar” con estas fuerzas externas a la persona que se han adueñado de algunas facultades e impiden su funcionamiento. Jesús se adecua a esta mentalidad y “reprende” la fiebre, que le “obedece” inmediatamente y “deja” a la persona.

En pie... para servir

La suegra de Pedro se levantó inmediatamente; la esclavitud del “espíritu de la fiebre” ha terminado. Puede retomar sus quehaceres, su papel; puede volver a ser la de siempre: una mujer activa, atenta a todos los detalles de la organización y de las relaciones interpersonales. “Está bien” para desarrollar su tarea de vida, para realizar su vocación de madre, suegra, abuela, esposa, ama de casa.

La narración, en su sencillez, nos recuerda que *la salud es un don*, que debemos acogerlo con gratitud y vivir con responsabilidad. Subraya, además, la centralidad del *servicio* para dar sentido a la vida: ¿Para qué sirve una existencia que no sirve a los demás?